

## El vagabundo ilustre

*París, 1906.*

Su obra es vida escrita, miseria hermoseedada por el arte, dolor anestesiado por el talento. En cada hora de sus días ha relampagueado un drama terriblemente emocional, como los narra en sus prosas. Contados escritores pueden jactarse de ser tan personales: pocos volcaron en sus cuartillas más realidad vivida y menos convencionalismos falaces.

El está en sus obras; se escribe en cada página.

Pone en los personajes jirones de su propia alma, intensa á toda hora, trágica por momentos. Su pluma, recogida en la ciénaga, tiene al propio tiempo agudas fidelidades de cincel y hondos sadismos de escalpelo: cuadros y escenas como aguas fuertes, pasiones y conciencias dignas de Shakespeare ó Dostoyewsky.

Diríase que admira el mal; con frecuencia se inclina á amarlo. Filtrase el vicio á través de su ingenio y sale embellecido por el corte sobrio y definitivo de su estilo: toda espina parece flor, toda amargura consuelo, toda pena esperanza.

El dolor ajeno le es familiar; trasunto acaso del propio. Su grito de angustia es un rugido que es-

tremece, pero no apiada: el clamor de los fuertes suena á invectiva, no á lamento. Dilacera con saña el alma de su pueblo, exponiendo vilezas al sol y cobardías á la intemperie. Sus metáforas crujen como barras de acero al rojo blanco, y llevan calor de ascua. El giro de su elocución es incisivo y terso, la frase decidida y brillante, como un filo de sable que se desenvaina.

\*  
\* \*

Le vimos una vez sola, en ocasión inolvidable. Cielo de plomo nogruzco, sin una estrella, cubriendo con su opacidad los impudores del París nocturno. Luces atenuadas por la niebla y temblorosas por el frío implacable, desplegadas en doble hilera á lo largo del bulevar, clamoroso de jarana y de alcohol. Mujeres escualidas, como las pinta Anglada, y jóvenes exhaustos, que parecen brotados bajo el lápiz violento de Steinlein. Más mujeres y más jóvenes, en parejas bien estrechadas por la temperatura y por el deseo, chachareando todos en tantas lenguas cuantas fueron las innúmeras de Babel.

Algunas figuras de probables estudiantes y dudosas grisetas; muchos parásitos acechando sus presas, con los gruesos labios desbordantes de besos y los rudos puños listos para el castigo, según sea menester; en pandillas los apaches, con sus gorras ajustadas sobre los cráneos, que meditan pavorosos dramas rocambolescos.

Uno tras otro, llegan carruajes por docenas, provenientes de allende el río, desde los grandes bulevares, cargados de ilusos que acuden á visitar el soñado Barrio Latino, que antes les sedujo en las páginas ingenuamente conmovedoras de Murger.

En esa hora todo romanticismo se hiela en las venas. Entre la turba vese algún falso Rodolfo con melena y sin talento, ó alguna Mimi de contrabando, cuyas siluetas intérlopes se deslizan furtivamente sobre el bulevar Saint-Michel, rumbo á alguno de esos bailes estudiantiles que el bajo París tiende como red á los extranjeros ebrios de voluptuosidades corrosivas, antros cuajados de humo espeso y perfume de Suburra.

Y sigue el cinematógrafo, ora interesante, ora tedioso, risueño y trágico, sonoro y mudo, jovial y triste, pareciendo estar los hombres en un dantesco jirón de condenados en pena y las mujeres en un manicomio de pajarillos frívolos.

Ese es el bulevar actual, donde nunca se ve á un parisién que se respete; en vano se buscaría allí á los herederos de Alfonso Karr, de Glatigny ó de Aureliano Scholl. El París que piensa y estudia no pierde sus noches en el bulevar; el espíritu y la gracia han huído ante la invasión de los rastas extranjeros.

\* \* \*

Sentados frente á la plaza de la Sorbona, separados de él por una limonada y su coñac, oíamos los diceres sombríos de un médico polaco cuya amistad hicimos en la Salpêtriére; nos narraba el torturante ajetreo de la vida intelectual en su país, donde el delito de pensar se castiga aun más severamente que en nuestras Repúblicas de alma cartaginesa. Su palabra urdía en mal francés verdaderos poemas de amargura; los músculos de su cara parecían crujir al contraerse en muecas de cruel desesperanza. Los nombres de Stepniak, Scherchesowky, Dostoyewsky, Gorki, Andreieff, traían

aparejadas cien anécdotas de dolor y de ignominia; acudían á la memoria los poetas románticos de Polonia, el trío compuesto por Mickiewicz, Slowacki y Krasinsky, cuya verba tuvo inspiración profética y cuyo gesto fué siempre de apóstoles soñadores. Hablamos también de Tolstoi, el tonto sublime, cuyas tres ó cuatro novelas prodigiosas apenas le hacen perdonar los cien panfletos ingenuos que le consagran arquetipo de la banalidad mística.

De pronto, mirando hacia todas partes como temiendo ser espiado, un sujeto de mal talante llegóse hasta nosotros. A primera vista sólo podía ser un atorrante ó un sablista.

Un amplio gabán de color incierto le cubría hasta los pies, dejando entrever dos botines robustamente macizos; traía levantado hasta las orejas el cuello de terciopelo, calvo y untuoso, al mismo tiempo. Bajo el ala de su sombrero bohemio, relumbraba una melena lacia. Lo poco de su cara que alcanzamos á ver, tenía cierta expresión firme que es privilegio de algunos genios y de muchos bandoleros. Dijo á nuestro amigo pocas palabras, las más indispensables para su objeto. El médico polaco nos pidió permiso para alejarse algunos minutos: su interlocutor contestó á nuestro saludo con una brusca inclinación de cabeza, más parecida á una amenaza que á una galantería, y ambos se alejaron en dirección al Trocadero, de prisa, inseguros, como buhos ahuyentados por las luces indiscretas del *Boul' Mich'*.

\* \* \*

—¡Pobre amigo!—exclamó al regresar, conteniendo un sollozo que hinchaba de lágrimas sus párpados.

—¿....?—interrogamos con el ceño.

—¡Pobre Gorki!—añadió en voz baja—. Está acongojado. Ayer supo que uno de sus más caros amigos fué enviado á Siberia; hoy, para que uno sólo de sus días no transcurra sin gota de hiel, hoy murió en París un muchacho de veinte años, un discípulo predilecto, acaso el que más prometía...

—¡Tan joven!

—En Siberia habría muerto antes que en París; la tisis le minaba despiadadamente los pulmones. Allá nadie hubiera protegido su agonía: aquí siempre tuvo la ayuda generosa de Gorki...

—Y éste, ¿era Gorki?

—¡Sí! ¡él! Dentro de esa burda hopalanda y bajo ese gesto severo, vibra un alma tierna é inquieta: hay un romántico detrás del realista, una caricia en su mano tosca, una lágrima bajo cada amenaza.

—Un Musset que parece un Zola...

—Sí, doctor. Su prosa brusca y varonil, su palabra agresiva, su gesto de presidiario, son el antifaz de un corazón simple, lleno de sentimentalismos exquisitos. Por ese motivo sus amigos queremos tanto al hombre como admiramos al escritor.

Tan conmovido nos pareció, que preferimos cambiar de tema para poner término á su amistosa tristura.

\*  
\* \*

Así conocimos á Gorki. En el desgarbo de su hopalanda adivinanse nostalgias de sus vagancias. Su mirar dulce y penetrante denuncia un corazón fecundo en ternuras, detrás de la fisonomía patibularia y hosca: solamente su melena de león enjaulado puede revelar que anida en su cerebro los

misteriosos resortes que le consagran alquimista de espíritus é intérprete de la realidad.

Después de conocer al más ilustre, todo vagabundo puede inspirar interés. ¿Quién asegura que no lleva un Gorki dentro?